

JOHNSTON, W. M.: *El genio austrohúngaro: Historia social e intelectual (1848-1938)*. KRK ediciones: Oviedo 2009. 1147 pp.

Uno podría formularse la pregunta de por qué en la era de la información galopante se traduce una obra científica más de un tercio de siglo después de su primera publicación, sobre todo si se trata de una obra enciclopédica en unos tiempos en que la lectura de datos enciclopédicos se cede cada vez más a Internet. La respuesta en este caso singular es bien sencilla: hay libros que se ven como obras de referencia porque constituyen la base de una rama de investigación; otros porque cambian la percepción de ciertas cuestiones establecidas, y otros porque incluso se pueden contar como impulso inicial para la investigación que parte de su recepción. Casi todos estos atributos se pueden utilizar cuando nos referimos a *The Austrian Mind: An intellectual and social history* (1972), de William M. Johnston, que por fin se ha traducido al español.

Esta obra de Johnston, si no impulsora, cuanto menos es precursora de un ámbito de investigación que quedó establecido desde entonces y que en su momento estaba a punto de desarrollarse. Quien busque el programa de estudios de la historia intelectual de Austria en Estados Unidos, donde tal disciplina es bastante común en los departamentos de Historia, hasta la actualidad, se encontrará con que la obra de Johnston constituye una de las lecturas básicas imprescindibles para los estudiantes. Con toda la razón uno de los más importantes investigadores actuales de la historia intelectual de Austria, David Luft (Universidad de San Diego), lo calificó recientemente de “bahnbrechendes Buch”¹ (un libro que abrió el camino).

Treinta y siete años hubo de esperar el lector hispanohablante para poder leer *El genio austrohúngaro: Historia social e intelectual (1948-1938)*, traducción coordinada por el profesor de la Universidad de Oviedo Agustín Coletes. Se trata de una edición muy elaborada, cuidadosamente traducida del inglés por parte de varios colaboradores, si bien algo descuidada en la corrección de los nombres y títulos alemanes. Contiene un prefacio del coordinador, quien explica los pormenores de la traducción y resalta que esta versión no es una mera traducción del original sino también una nueva edición, corregida, recortada y reescrita en párrafos que hoy resultan obsoletos para el lector hispanohablante actual, y ampliada sobre todo en las referencias bibliográficas². En especial la “Bibliografía selecta comentada” es un valioso añadido de la ya extensa bibliografía de 1972, tanto para principiantes como para profesionales de la materia.

Habría que destacar además que el propio autor escribió en 2008 una nueva introducción de unas cincuenta páginas para esta edición española que por sí sola ya

¹ LUFT, D.: *Das Intellektuelle Leben Österreichs in seiner Beziehung zur deutschen Sprache und der Modernen Kultur*. Working Paper, febrero 2007, Center for Austrian Studies, Universidad de San Diego, 4.

² No se ha traducido la famosa introducción de Friedrich Heer de la edición alemana de 1974, donde animaba a sus colegas a descubrir la historia intelectual austriaca, el “Geisteskontinent Österreich”.

merece la pena leer porque se trata de un buen resumen que nos pone al tanto de los estudios sobre la materia.

En esta introducción contextualiza su libro de forma breve en la historia común de España y Austria, resalta la vocación europea de la historia intelectual de Austria y explica el origen y el contexto de su investigación a principios de los años setenta. La introducción es notable por varias razones: en primer lugar por la amplia autocrítica que hace de su libro del año 1972; en segundo lugar por la explicación que da de su método a posteriori, y en tercer lugar por la generosa visión que nos ofrece de la investigación actual y su desiderata para futuras investigaciones.

En la retrospectiva cuenta Johnston el interés que le despertó la lectura de la obra de Henry Steele *The American Mind* y que desde allí tanto la cuestión de cómo se explica la diferencia entre la cultura alemana y austriaca de los siglos XIX y XX como la sensación de que hay que aportar un grano de arena para paliar las consecuencias del Holocausto le empujaron a investigar en esta materia al final de la Guerra Fría, cuando todavía casi nadie se ocupaba del fenómeno preponderante judío de la excelencia intelectual austriaca en el tiempo investigado.

El método aplicado que sigue sus intereses de inventariar a los pensadores creativos austriacos, enseñar sus raíces étnicas y culturales y rescatar del olvido a pensadores poco conocidos ha derivado en un sistema de investigación que según el autor se asemeja a la fenomenología cultural y hasta hoy sigue siendo el punto débil de la obra.

En el fondo el libro es una acumulación exhaustiva de biografías cortas con resúmenes de las obras y argumentos principales de unos setenta autores organizados como una cebolla que se va despojando de sus capas para desvelar en seis partes la visión general de la historia intelectual del Imperio Austrohúngaro. Intenta interrelacionar de forma transversal las capas de la cebolla con unos términos como “nihilismo terapéutico”, la oposición “Gemeinschaft – Gesellschaft” (Tönnies), la tradición leibniziana y el herbartianismo, “el monismo empirista”, los “marcionistas de Praga” o el “Délibáb húngaro”, cuyas definiciones son escasas y esquemáticas y se utilizan además para tantos fenómenos diferentes que pierden su fuerza explicativa. La idea de que se perfila un contexto cultural más exacto cuanto mayor sea el número de innovadores intelectuales que lo integran llevó a Johnston a escribir una obra de una extensión y unas características que él mismo compara con los famosos catálogos de Ludwig van Köchel de las obras de Mozart y de los 21 volúmenes de *Le peintre-graveur* de Adam von Bartsch. Es posible que a través de su idea principal de la exhaustividad haya que percibir y utilizar esta obra más bien como un catálogo que como un libro que se lee en una lectura, o por lo menos se debería dividir la lectura según los capítulos que en sí son muy coherentes, ya que esta “fenomenología cultural” inspirada en la *Phänomonologie der Religion* de Gerardus von Leeuw “se marca el objetivo de ser descriptiva, de alcance global e ideológicamente aséptica” (p. 40). En oposición a otros análisis ideológicamente marcados quiere reunir “una base de datos tan amplia como sea posible, y a continuación distribuye los datos reunidos en unas categorías que se procura estén basadas en la evidencia empírica” (p. 41). En el afán de superar las luchas ideológicas de la Guerra Fría e imitando el mismo empirismo de muchos

autores objeto de su estudio, Johnston se desvía al otro extremo metódico. Obvia lo que él mismo resumió (p. 857) como uno de los logros más importantes de la sociología del conocimiento de Karl Mannheim: “Todo cuerpo de pensamiento es un instrumento al servicio de determinada clase, aparentemente para mejorar la sociedad, pero en realidad para servir a sus propios intereses”. Si eliminamos de esta cita la lucha de clases al menos queda de manifiesto que resulta imposible realizar cualquier investigación sin una ideología cuanto menos implícita detrás. Johnston desarrolla un método de una supuesta ausencia ideológica siguiendo la idea de una autosuficiencia empírica basada en la propia escuela herbartiana y antiantañana que se olvida de las precondiciones de su propia percepción.

Por lo tanto, el resultado de la recepción de *The Austrian Mind* referida por Johnston no sorprende en absoluto y demuestra a su vez una elevada capacidad de autocritica cuando reconoce “que mi fenomenología de la cultura intelectual de Austria entre 1848 y 1938 tuvo más éxito a la hora de agrupar datos previamente dispersos y olvidados que a la hora de acuñar conceptos capaces de provocar el cambio de paradigma” (p. 42). El mérito de haber conseguido un cambio de paradigma se lo concede a Carl Schorske (*Fin-de-Siecle Vienna: Politics and Culture*) por un lado y a Allan Janik y Stephen Toulmin (*Wittgenstein's Vienna*) por el otro.

El genio austrohúngaro tampoco es una historia social como el título en castellano sigue sosteniendo, porque lo social se limita por lo general a la descripción de la procedencia familiar y al contexto formativo y laboral de los autores. Solamente los tres primeros capítulos abordan una breve descripción de los efectos de la burocracia, de la vida dinástica, del papel de la Iglesia y del Ejército, y más adelante dos capítulos se ocupan de las relaciones institucionales y de las tensiones nacionales entre Viena por un lado y Bohemia y Hungría por el otro. De hecho donde más convence el estilo de Johnston es cuando deja a un lado lo biográfico-anecdótico para investigar las influencias recíprocas entre burocracia, imperio, Iglesia, Ejército y vida intelectual en estos capítulos, o más adelante la complicada situación de un estado multiétnico en un creciente ámbito nacionalista. Sin embargo, esta historia de la cultura intelectual considera demasiadas pocas estructuras sociales como para calificarse de “historia social”, y tampoco trata la cultura en el sentido alemán de “Geisteswissenschaft” (tal como sugiere el título de la traducción alemana) ni constelaciones sociales. Para profundizar en la realidad social dentro de su propio método quizá Johnston debería haber investigado las redes sociales de sus autores, algo que muy recientemente se empieza a hacer en el Ludwig Boltzmann Institut für Geschichte und Theorie der Biographie con la biografía de Hugo von Hofmannsthal y Eugenia Schwarzwald. Hago hincapié en que esto se ha hecho muy recientemente para recordar que *El genio austrohúngaro* es una obra pionera a la que no se puede pedir lo que ni treinta años después la investigación era capaz de hacer, a pesar de la explosión de interés hacia ciertos temas del ámbito tratados por Johnston. La crítica se refiere a las falsas expectativas despertadas por el subtítulo erróneo “Historia social” que fácilmente se podría haber suprimido en esta versión actualizada.

¿Por qué entonces debería un germanista leer todavía hoy *El genio austrohúngaro*? Si desea leer algo nuevo acerca de Kafka solamente estaría decepcionado; si, por el contrario, quiere enterarse de otros autores a su alrededor o de su influencia en el contexto de su procedencia es posible que aún pueda aprender algo interesante. Además, es la manifiesta intención de Johnston equilibrar un poco la distancia desmesurada entre la atención científica dedicada a Kafka y a sus casi desconocidos compatriotas como Paul Adler o Paul Kornfeld.

Cualquier conocedor de un campo específico encontrará las partes del libro que le conciernen como las menos convincentes, mientras que la abundancia de información de otras corrientes intelectuales seguramente le proporcionará conocimientos y asociaciones nuevas. Es lógico que cualquier monografía actual sobre un autor específico deba superar con creces la información aportada en *The Austrian Mind* hace 38 años. Sin embargo, serán probablemente la cuarta y quinta parte, dedicadas a Bohemia y Hungría, las que ofrezcan más aspectos novedosos, ya que siguen constituyendo lagunas de conocimiento para muchos germanistas por la simple razón de que entre todos los temas tratados por Johnston son los menos investigados y conocidos. Tanto la herencia alemana y/o austrohúngara en el este de Europa como sus interrelaciones con las culturas y lenguas del lugar continúan siendo desiderata para la ciencia que autores como la Nobel Herta Müller empiezan a recuperar.

Uno de los primeros que investigó en este campo y que, por supuesto, es mucho más conocido en España por sus obras traducidas es Claudio Magris. Hay que tener en cuenta que una de las intenciones explícitas de la versión original de *The Austrian Mind* era contradecir la obra de Magris de 1963 *El mito de los Habsburgo en la literatura austriaca* y otras obras en su descripción de los puntos débiles y de las fuerzas de disolución del Imperio austrohúngaro. Johnston, por el contrario, no quiere pasar por alto el papel de los húngaros y declara centrarse en las fuerzas de cohesión del Imperio (p. 121 y ss.), lo que resulta algo difícil en la descripción de un imperio centenario que se desmorona en pocos años.

Por lo tanto, Johnston apenas ofrece explicaciones para la desintegración del Imperio de los Habsburgo y solamente al final del libro, cuando se refiere a Ludwig Gumplowicz (p. 861), explica en una subordinada que las luchas entre nacionalidades acabaron finalmente por destruirlo. Se centra en la cultura intelectual del Imperio y, de esta manera, prácticamente aporta más datos acerca del porqué del surgimiento del fascismo que de la fuerzas de cohesión o destrucción del Imperio, pero sobre todo demuestra la increíble variedad de pensamientos e innovaciones intelectuales que surgieron a través de esta herencia multiétnica con una fuerte influencia judía. Fueron la consecuencia de una Europa central intercultural incipiente en el Imperio austrohúngaro, y a la vez el legado para una Europa intercultural actual que se ha realizado en la Unión Europea de hoy.

Para quien desee entrar en la materia de la historia cultural austrohúngara de los últimos dos siglos por medio de la lectura de obras clásicas resulta muy recomendable, por tanto, leer tanto a Magris como a Johnston. El debate sobre si el Imperio de los Habsburgo al final de su historia constituye la cuna de la ciencia y cultura del siglo XX o más bien el nido del fascismo se muestra hasta hoy poco

útil. Las visiones de Magris y Johnston se complementan en la descripción de un fenómeno que a fin de cuentas es la flor cultural e intelectual de una decadencia del poder que no es única en la historia.

Sin duda la historia intercultural del Imperio austrohúngaro ha ganado en importancia después del final de la Guerra Fría y de la adhesión de Austria a la Unión Europea en 1995. Antes se utilizaba más bien el término “Donauraum” (región del Danubio), pero los debates que se desarrollaron desde entonces sobre el término “Centroeuropa” demuestran las dificultades de denominación de una región que atrae bastante interés investigador, pero que resulta delicada de definir tanto por su dimensión geográfica como por las connotaciones históricas del término “Centroeuropa”. El resumen de Johnston (pp. 56-57) en su nueva introducción y un pequeño ensayo al respecto de Rudolf Jaworski³ dan una buena impresión de un debate que finalmente demuestra que en todas las posibles denominaciones (Centroeuropa, Centroeuropa Oriental, Europa Central), Viena asume una función de bisagra entre el este y oeste de Europa que no se puede negar, incluso si queremos evitar otorgar un papel dominante a Austria por respeto a Praga, Budapest, Cracovia o Trieste. De todos modos, los propios resultados de Johnston –que fue el nacionalismo el que hizo estallar el Imperio– y la delicada situación política de Austria cuando la FPÖ del difunto Jörg Haider entró en el gobierno de coalición con la ÖVP de Wolfgang Schüssel demostraron que la imagen de una herencia interétnica e intercultural armónica del Imperio de los Habsburgo es difícil de sostener.

El libro de Johnson aporta mucha información histórica de fondo acerca de este debate, lo cual, dejando aparte el creciente interés científico en el tema, puede ser la razón para su reedición en alemán en 2006. Queda patente la actualidad de la temática de *El genio austrohúngaro* tanto en el ámbito científico como político, y la entrega del Premio Príncipe de Asturias de las Letras 2004 a Claudio Magris también es expresión de la conciencia pública al respecto. El análisis de la historia de Europa Central en los últimos dos siglos nos proporciona las claves para comprender la complicada situación cultural y política de los países recientemente adheridos a la Unión Europea.

Lennart KOCH

³ JAWORSKI, R.: „Zentraleuropa-Mitteuropa-Ostmitteleuropa. Zur Definitionsproblematik einer Großregion“, newsletter MODERNE. Zeitschrift des Spezialforschungsbereichs Moderne – Wien und Zentraleuropa um 1900, N° 1 (1999): 2-4.